



# EL PODER DE LA MÚSICA

Aguirre de Echeveste

Cierta vez leía en una de esas novelas llamadas de «ciencia-ficción», que el cerebro humano es como una especie de «cassete», de cinta magnetofónica, en el que se van grabando todos los acontecimientos que a lo largo de la vida de una persona le van acaeciendo. Es más, decía el autor de la novela, los acontecimientos que le suceden a un niño a los dos años, por poner un ejemplo, son los que más profundamente se graban en el cerebro y eso sucede así porque ese cerebro infantil es como una cinta virgen en la que nunca se ha grabado nada.

El problema radica —no olvidemos que estamos contando lo leído en una novela de «ciencia-ficción»—, en buscar y en encontrar, naturalmente, la forma de poner en marcha hacia atrás, de rebobinar la «cinta» de ese desconocido magnetofón que es el cerebro humano. Y según el autor de la novela, existen esos botones o teclas, por llamarlos de alguna manera, que pueden poner en movimiento todo lo que a lo largo de una vida se ha ido grabando en el cerebro de una persona. Lo que sucede es que todavía no se conocen bien los mecanismos ni su forma de comportamiento pero parece que se está sobre su pista.

Y lo que son las cosas. Parece que una de las formas de poner en movimiento esa delicada maquinaria del cerebro humano es la música. La fuerza de la música, el poder de evocación de la música es conocido desde hace mucho tiempo. ¿Quién no ha recordado tiempos pasados, por ejemplo de la juventud, al escuchar alguna melodía que en aquellos años estaba de moda?

De todos es sabido que cuando sin esperarlo, comenzamos a oír alguna música, melodía o incluso algún sonido que escuchábamos en nuestra niñez, algo, no sabemos qué, empieza a moverse en nuestra memoria. Quien escribe estas líneas no sabe mucho de música, pero sí sabe de esa cualidad de la música, de la misteriosa capacidad que tiene la música para poner en funcionamiento algún desconocido resorte de la memoria.

Y no es solo la música, sino como se ha dicho antes, hay incluso sonidos sin ninguna calidad musical que también tienen esa desconocida virtud. Por ejemplo, ¿Cuál sería la reacción de aquellos renterianos que hayan sobrepasado el medio siglo de edad, si un día cualquiera y sin previo aviso, a las ocho menos diez de la mañana o a las dos menos diez del mediodía —o de la

tarde, como mejor se diga—, comenzaran a sonar aquellas sirenas —el «tuto»— de que estaban provistas la mayoría de las industrias de cierta entidad en Rentería? ¿Cómo reaccionarían todas esas personas que conocieron aquella forma de aviso para señalar que estaba cercana la hora del comienzo de la jornada laboral?

Naturalmente la primera reacción sería de desconcierto, pero también en muchos de ellos se desataría una oleada de recuerdos. De inefables recuerdos de vivencias cotidianas de los tiempos de su infancia en que oían el «tuto», y que si para los mayores señalaba el comienzo del trabajo, para los niños señalaba que se estaba acercando la hora de ir a la escuela. Acaso por eso siempre era un sonido antipático el de las ocho menos diez y el de las dos menos diez. ¡Que diferencia con el «tuto» de las doce y el de las seis!

Cuántos recuerdos despertaría esa sirena si volviera a sonar sin previo aviso. Los cincuentones de ahora volverían a recordar con nitidez aquella cartera, o mejor aquella bolsa de tela en la que se llevaban los libros, los pocos libros, a la escuela. Recordarían el olor a tinta de la escuela. Recordarían aquellos tinteros blancos de porcelana, el ruido que hacía la caja de pastillas richelet en la que se llevaban las plumillas, los pizarrines...

Recordarían los juegos infantiles con los «santos», que eran las partes impresas de las cajas de cerillas... Un auténtico vendaval de recuerdos se desencadenaría en la memoria de muchos renterianos al conjuro de unos sonidos que no tenían nada de musicales.

Pero volviendo al tema de la música como factor desencadenante del refloramiento de recuerdos que parecían olvidados, pero que en realidad permanecían «grabados» en algún recóndito rincón del cerebro, existe un ejemplo bien reciente en Rentería y supongo que también se habrá dado en otros pueblos de Guipúzcoa.

A primeros de este año una entidad de ahorro, obsequió a sus clientes con un «cassete», —volvemos a la novela de ciencia-ficción— en la que con más o menos fortuna se habían recopilado una serie de canciones populares vascas.

Esas canciones, verdaderamente populares, gure betiko kantak, se decía en euskera en la portada del estuche, estaban interpretadas todas salvo una, por un cantante. Pero para nuestra historia la que nos interesa es precisamente la cantada por una mujer.

«Loa, loa» es el título de esa canción que una tarde del pasado mes de febrero pasado yo comencé a oír sin previo aviso.

Sucedió que puse la cinta de regalo en un magnetofón y me dispuse a oír lo que en ella estaba grabado. Tenía un catálogo en el que iba leyendo la letra según escuchaba la grabación. La verdad es que las canciones, algunas de Iparragirre y otras de autor anónimo eran verdaderamente populares, lo que quiere decir muy oídas.

«Maritxu nora zoaz», «Agur, Euskal-Erria», «Nere mai-tiarentzat» «Itxaso laño dago», eran los títulos, algunos de los títulos, que en una versión bastante diferente de las que uno estaba acostumbrado a oír, iban desgranándose una tras otra de la cinta magnetofónica.

Hasta que, repentinamente, surgió una melodía y una voz femenina comenzó a cantar dulcemente;

Loa, loa txuntxurrin berde

loa, loa masusta

aita guria Gasteizen da

ama mandoan artuta...

Aquello fue como un latigazo. Nunca ha estado uno muy al tanto de las novedades musicales, lo que quiere decir que ignoraba por completo la existencia de una grabación con una música, con una canción que yo no había oído desde hacía más de cuarenta y cinco años.

Y fue al conjuro de esa música cuando surgió en mi memoria un verdadero borbotón de recuerdos. Tenía razón el autor de la novela. Algo, no se qué, hizo despertar en mi mente viejos recuerdos que estaban allí, dormidos pero vivos, sin que la parte consciente de mi memoria tuviera conciencia de ello. Fue la música de esa canción la que puso algo en movimiento e hizo surgir imágenes y recuerdos mientras seguía escuchando aquella canción.

Imágenes... Quien escribe estas líneas nació frente a la que se conocía como la alameda grande. Allí estaban de nuevo aquellos frondosos árboles. Allí estaban unas escaleras que servían para bajar desde la carretera. Y unos charcos amarillentos que se formaban en la carretera cuando llovía. Y un muro blanco de cal azulada. Y una casa que estaba en el borde mismo del río y de la carretera, donde había una tienda en la que vendían caramelos. Y un taller donde contruían carros, «gurdiyas», situado detrás de la ermita de Santa Clara. En ese taller, yo me admiraba viendo como hacían unos montones de virutas y maderas encima de las cuales colocaban unos aros de hierro y después daban fuego a las virutas. Y después, cuando los aros metálicos estaban al rojo, los encajaban en las ruedas de madera de las «gurdis». Era para los niños de la zona todo un espectáculo.

Y la limpieza que hacían del canal de «Shamako-erreaka», de donde sacaban por medio de una, digamos «cuchara», tirada por un buey que avanzada por el cauce del canal hundido en el fango, de donde sacaban, repito, lo que a mis ojos de niño eran verdaderos y misteriosos tesoros. Y también sacaban anguilas.

Aquella tarde, oyendo una y otra vez la canción que oía en mi niñez, recordé cosas que yo mismo ignoraba que estuvieran «almacenadas» en algún ignoto rincón de mi memoria.

Y fue al conjuro de la música de «Loa, loa» cuando todos esos recuerdos fueron saliendo nuevamente a flote.

Pero el caso es que eso no me sucedió a mí solo. Comentando algunos días después, con otra persona sobre la impresión que me produjo la música en cuestión, me confesaba que a ella le pasó algo parecido.

«Loa, loa», era una canción que cantaban las madres de entonces —ignoro si ahora lo siguen haciendo—, para hacer dormir en su cuna a sus niños pequeños. Una canción de cuna. Y los que eramos algo mayores también la oíamos. Y se nos quedaba grabada en la memoria.

Tenía algo de razón el autor de la novela de anticipación, de «ciencia-ficción». Pero tal vez será mejor que nunca encuentren los científicos la forma de utilizar la música como medio de hurgar en el cerebro humano. A



saber el uso que se iba a hacer de ese hipotético conocimiento. A lo peor llegaba a sustituir al pentotal como «refrescante» de la memoria.

Quede la música en lo que es. Como una manifestación del poder de creación del espíritu humano. Como una maravillosa, una hermosa demostración de que el hombre es algo más que materia.

